

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por unos días, han sido actualidad los exploradores zaragozanos, que venían a traer a Mariano de Cavia el mensaje de felicitación y cariño de su ciudad natal. Madrid los ha festejado y en *El Imparcial* se les hizo un recibimiento espléndido.

Satisfecho puede estar Mariano de Cavia. Con él han echado el resto todos: en primer término, la prensa; luego, tantos admiradores que deseaban sin duda ocasión de exteriorizar sus simpatías; el Rey; Aragón; y, por nuestra parte, y muy sinceramente, los Consejeros de Instrucción Pública. Es difícil, en un país frío para las letras, suscitar tantas y tan entusiastas manifestaciones en honor de un publicista, de un periodista.

Analicemos esta página de la vida del ilustre «chico del Instituto». Cuando, terminada la entrega del mensaje, bajábamos para mojar con un sorbo de Champagne la alegría de la hora, mi pensamiento estaba fijo en un problema. ¿Y después de esta demostración vibrante? Los artículos de Mariano de Cavia, con motivo de ella, dejaban transparentar un fondo de amargura. Sin duda, agradecía mucho Cavia tanto extremo; pero, en primer lugar, su poca salud le hacía hasta penoso el homenaje. Un enfermo no puede saborear estas mieles como un sano. Y luego, la imposición de la vida real. Tanta carta, tanta felicitación no le dejaban ni tiempo para el trabajo. Hasta existía una oscura relación entre la índole de su mal y las molestias que le causaba el acrecentado prestigio de su nombre. Padecía del oído y tanto estrépito en torno...

Así, cavilaba yo en lo que hay tras de las apoteosis. Triste es el destino del escritor (del que no sea más que escritor, y no vaya por la senda de la pluma hacia la política). Lo que la pluma produce es, en el caso más favorable, suficiente para vivir en pie modesto: nunca para hacer economías y guardar, como la hormiguita de la fábula, para cuando sople el cierzo y arrecie el frío. No hay retiros ni pensiones en la profesión. Debiera haberlos, sea por el sistema de montepíos o como sea.

Estos pensamientos me obligaron a calcular el fruto de la popularidad de Mariano de Cavia, si perteneciese al orden de las popularidades políticas, y no al mucho más espiritual e idealista de las que se ganan a fuerza de emborronar papel. Por la política, Mariano de Cavia tendría en Zaragoza un feudo, y en Madrid Dios sabe qué prebendas, y sería ministro y todo un personaje. Esto, lo repito, si guardase proporción con su actual nombradía literaria la que le fantaseo en otro terreno más positivo.

Otra ventaja de la política. Cuando un político se ve en el caso de renunciar a la vida activa, sea por cansancio o por cualquiera otra razón, malo será que no halle descansado abrigo en algún puesto compatible con la dignidad y el relativo ocio. El escritor, en cambio, si se rinde a la fatiga o si el tantas veces veleidoso público le vuelve la espalda, no tiene más recurso que la cama del hospital. Y para que no se crea que esto es fraseo romántico, ahí están dos ejemplos bien recientes: el de Martínez Barrionuevo y el de José Loma. El primero, en el hospital se halla; para el segundo, muerto en plena producción, ha tenido la prensa que organizar una fiesta productiva, a fin de que su familia no quedase en la miseria.

Cavia se encuentra en plena producción también: nunca su pluma ha sido más vigilante y ágil que en estos últimos tiempos. Es de suponer — ojalá —, que disfruten todavía por largos años sus lectores de las vivaces páginas cotidianas de su prosa. Cabe sin embargo en lo humano y en lo posible que la salud de Cavia se quebrante, que los médicos le prohiban el trabajo — cualquier contingencia natural, que siempre debiera ser prevista —. Y ahí tenéis a un gran escritor, que, al cabo de larga vida de trabajo incesante, dispondría del día y la noche, por fruto de sus desvelos.

Ya sé que Cavia no sería nunca olvidado por sus compañeros. Buena prueba de ello es la proposición

de *La Correspondencia de España*, que trata de dar a Cavia, en todo caso, el retiro, con honrosos y decorosos emolumentos y con el haber que por clasificación como talento le corresponde. Este caso particular no desmentiría la regla general. Los escritores o sufren en vida la estrechez o la legan, al morir, a los suyos. Y es que lo literario, en realidad, está fundado en el aire, aun para los elegidos, de quienes se puede decir, con el Apóstol, «muchos corren en la estacada, pero uno solo gana la carrera». Todo lo literario está cimentado en el gusto versátil, no corregido por la crítica; en algo circunstancial, más que esencial... Y por eso lamento que, en pos de las apoteosis, no quede asegurado el porvenir, en forma todo lo prosaica que se quiera, pero ahorrando recelos y angustias.

He oído discutir y hasta censurar algo que se acostumbra en Inglaterra. Siendo el heroísmo lo más ideal que se concibe, Inglaterra lo recompensa con buenas libras esterlinas. Regala el Estado fuertes sumas al general victorioso. Y es una precaución contra el mañana, porque todo se olvida en este mundo, ¡hasta la victoria!

Suele quedar en el ambiente un zumbido, y nada más, de las famas; aun de aquellas que, unidas al interés de personas o colectividades, tienen quien las fomente y despierte el seso de las multitudes. Hace tiempo, se dirigió a mí la viuda de un poeta, del más indiscutido y glorioso que conocieron nuestras generaciones, para que yo recabase del Estado una pensión; porque, anciana y ciega, no podía vivir. Y gracias a la cooperación de una dama cuya muerte lamentamos a cada momento, la marquesa de Squilache, tuvo la viuda de Zorrilla su pensión votada en Cortes. Otra viuda de poeta, que no era Zorrilla, pero al cual se hicieron reiteradas demostraciones de admiración en su país, también sufre miseria, afirmando que nada le ofrecen los editores por las obras de su marido. Es increíble lo poco que lee la gente. El periódico sí que se lee: pero ¿dónde habrá nada tan efímero? Si no se recoge en libros algo de lo que la prensa difunde, será muy difícil a las generaciones venideras juzgar la labor de los más brillantes periodistas, de la cual no podrían tener noticia sino consultando las colecciones que archivan las bibliotecas; y dejo a la consideración del lector lo laborioso de tal indagatoria...

En medio de su merecido triunfo, Mariano de Cavia no olvida su tarea de «limpiar y fajar!» Protesta de las palabras «escautismo» y «escultismo» aplicadas a la institución de los muchachos exploradores, y tiene razón, a fe, porque ambas suenan como ladrido de can. Propone reemplazarlas con la palabra «esculquismo» aceptando la idea de D. Arturo Cuyás, y el vocablo «esculcas», sin duda mucho más castizo, aunque no excesivamente eufónico.

El sustantivo «esculca» es claramente castizo. En mi región no ha caído en desuso. He oído mil veces, en el campo, decir, verbigracia: «Tengo puestas *esculcas* para averiguar tal o cual cosa.» El sustantivo no suena muy mal, pero no así el verbo. Yo escultizo, tú escultizas... No me parece fácil aclimatarlo. Y, por otra parte, no encuentro tampoco que la palabra «esculcas» que tuvo en su origen sentido militar, exprese bien la idea que los exploradores realizan. *Exploradores* acaso la encarne mejor, pero no del todo bien. Porque realmente los muchachos que acaban de hacer tan bonita jornada desde Sansueña aquí, no *exploraron*; únicamente *recorrieron*. Y hay varias doctrinas de esta institución, que no se explican ni con decir *esculcas* ni *escuchas* ni *exploradores*. La palabreja adecuada es la que yo desearía encontrar.

¿Por qué no llamarles los *andantes*, y a su labor, el *andantismo*? Exploren o no, los muchachos andan, y bien ligeros, y el movimiento y el ejercicio activo parece ser su lema. Lo de *andantes* sugiere cierta idea de caballerosidad, que armoniza con los dictados de su instituto. Los *activos* también me gusta. Encierra el sentido de la viveza en la acción, y del ánimo siempre dispuesto al bien. Activos o andantes les llamaría. Pero llámenles como quieran.

Y les quitaría de una vez ese «¡hurra!» que no puede ser más antiespañol. *Hurra*, dice el Diccionario que tengo más a mano, el del Sr. Rodríguez Navas, es «voz o grito de alegría con que los marinos ingleses honran o aclaman a sus jefes o personas notables de a bordo, e interjección de alarma de los cosacos al entrar en batalla». Esta última acepción sospecho que no tiene más origen que el *Canto del Cosaco*, de Espronceda, donde leemos:

«¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!
La Europa os brinda espléndido botín.
Lagos de sangre sus campañas sean;
de los grajos su ejército festín.»

De aquí habrá sacado el autor de este Diccionario, tomándolo acaso de otro cualquiera, el que los

cosacos usan como voz de alarma el británico ¡hurra! Pero, no siendo nuestros exploradores ingleses ni cosacos, el hurra les sienta como al chocolate el perejil. Casi, o sin casi, preferiría que gritasen ¡ole!; pero me decido por el castizo «¡vitor!» tan empleado en las Universidades, en otros días más venturosos para la patria.

Seguimos enzarzados en la competencia de divos, entre la Zarzuela y el Real. Titta Ruffo, idolo de Madrid, atrae a la Zarzuela a mucha gente. Anselmi, a la hora en que esto escribo, va tal vez a exhalar en el Real su canto del cisne. Y digo su canto del cisne, porque, según noticias, padece una enfermedad que afecta a sus facultades prodigiosas, y el esfuerzo que tiene que realizar para emitir las mágicas notas que electrizaran al público, es visible, y perjudicial para la enfermedad misma. Si esta mala nueva (no tan nueva ya) se confirma, no sin razón digo que la despedida de Anselmi, en el Real, pudiera considerarse una despedida verdadera. No lo quiera Dios. Anselmi nos ha dado, en *Manon* y *Tosca*, muy gratas impresiones sentimentales. Y es joven, ¡y le quedarían tantos años de triunfo!

En cambio, Battistini, avanzado en su otoño, está, de facultades, en plena juventud. Todavía no le he oído en *Thais*; parece que hace una creación.

Momentos de zozobra para Portugal son éstos, y España está demasiado próxima para no temer las salpicaduras. Lo indudable me parece que, si asiste la fortuna en este empeño a la vecina República, es decir, si los aliados vencen, el porvenir será risueño y lisonjero para esa hermosa región peninsular.

Puede ser también la guerra su ruina... ¿Quién lo duda? Las posibilidades no se discuten. Alemania ha borrado ya del mapa a varias naciones sin suficiente poderío militar, aunque con sobrado valor y ánimos para verter su sangre. Hay una contingencia favorable a Portugal: está en comunicación directa con Inglaterra, y puede ésta auxiliarla eficazmente, y será lo más probable que lo haga, hasta por egoísmo. No le convendría a Inglaterra consentir que Portugal fuese aniquilado.

No sé por qué, tal vez sin razón suficiente y exponiéndome a la burla de los que tienen «descontado» el triunfo de Germania, se me ha ocurrido que esta fecha, la declaración definitiva de guerra de Portugal, señala el momento en que el esfuerzo de los alemanes se paraliza, y el de los aliados crece y se afianza. No es el poder material de los portugueses, holgaría decirlo, el que puede pesar tanto en la balanza: es el hecho de que una nación, escasa de contingentes para medirse con el gigante, le lance sin temor la piedra. El gigante empieza a respirar mal. El resuello se le acorta. Verdún, al parecer, le ha salido hueco. Y si no se ve por dónde va a venirles la derrota, aun es menos claro por dónde les vendrá el triunfo. Portugal es una nación pequeña; pero es una nación, otra más, que se les pone enfrente. No hay enemigo pequeño, dice el adagio. Y menos si es un enemigo valeroso, y que juega a una carta su papel en el mundo.

Lo indudable es que tenemos que armarnos de paciencia los que tanto deseamos que la guerra se concluya. Esto se prolonga de un modo desesperante. Y no se gana, por una parte ni por otra, una extensión razonable de terreno. Acertadamente llama un diario a la actual contienda «la guerra interminable».

El que no se termine forma parte del plan de campaña de los aliados. Quebrantar para vencer; cansar, rendir al enemigo; una vez cansado, ya pedirá paces, en condiciones ventajosas o por lo menos honrosas. ¿Cansar a Alemania? ¿Acorralar a Alemania? ¿Es esto posible, factible? Sin duda lo es. «El vino que ella bebe está hecho de uvas» diría Yago. Alemania se compone de hombres y mujeres, y el género humano se cansa, se agota; no está forjado en hierro. Alemania puede cansarse. Sobre todo, puede perder, aunque sea tan sólo en lo íntimo de su corazón, sin que salga al exterior, la confianza en sí misma. Y la confianza propia es el resorte que nos sostiene en toda ardua empresa. Y también ese resorte se rompe. Esperemos el desenlace, aunque el drama sea de tantas jornadas como es.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.